

SEVILLA TUVO QUE SER

Madrid. Auditorio Nacional. 13-IV-2016. Julia Doyle, soprano. Orquesta Barroca de Sevilla. Director y concertino: Enrico Onofri. Obras de Basset, Rabassa, Ripa y Haydn

Sevilla supo mantener durante el siglo XVIII su prominencia musical, tras los profundos cambios que en ese ámbito supuso la llegada de los Borbones, gracias a la notable nómina de maestros de capilla que pasaron por su catedral: Diego José de Salazar, Gaspar de Úbeda, Pedro Rabassa, Francisco Soler, Antonio Ripa y Domingo Arquimbau. Fueron dos catalanes (Rabassa y Arquimbau) y un aragonés (Ripa) los que brillaron con más intensidad, y a ellos les dedicó la Orquesta Barroca de Sevilla, bajo la batuta de Enrico Onofri, este atractivo programa en el que se incluían asimismo dos chispeantes oberturas (sobre todo, la denominada *Apertura a più stromenti de violín y vilongelo obligatto*) de Vicente Basset, compositor del que sólo se



conoce que trabajó en la corte de Madrid, como primer violín del Real Coliseo del Buen Retiro, en los años 40 y 50. Las de Rabassa (un villancico, una lamentación y un *laudate dominum*) y Ripa (otra lamentación) suponían su estreno en tiempos modernos.

El concierto concluyó con la *Sinfonía n.º 44 en mi menor, "Fúnebre"*, de Franz-Joseph Haydn, que en algún momento no determinado de aquel periodo sonó en la capital hispalense (lo cual se

sabe por existir una copa de la partitura en el archivo catedralicio, con indicaciones sobre su interpretación escritas por Arquimbau). La parte vocal corrió a cargo de la soprano inglesa Julia Doyle, quien no sólo exhibió su formidable arsenal canoro, sino que evidenció, en el villancico de Rabassa *Corred, corred, pastores*, una excelente dicción del castellano (¡ya quisieran muchas sopranos españolas hacerse entender con la misma claridad que ella!). En líneas generales, y

dejando a un lado por motivos evidentes la sinfonía de Haydn, la música tuvo un nivel bastante apreciable, a lo cual contribuyó sobremanera el excepcional sonido de la Barroca de Sevilla y la detallista dirección de Onofri, que, como no podía ser de otra manera, lució también su maestría con el violín (memorable el *Adagio dolce*, junto al violonchelo de Mercedes Ruiz, de la antes mencionada obertura de Basset). El final, con la sinfonía, fue apoteósico, por mucho que este Haydn sonara menos austriaco que nunca. Fue un Haydn clamorosamente meridional, consecuencia sin duda de la forma que tiene Onofri de entender la música, pero también de las indicaciones que en su día fijara Arquimbau.

Eduardo Torrico